

# Tintero

## Historia y medicina, artes de vida

Álvaro Matute

No hace mucho, el 21 de febrero de 2016, en su columna dominical en *El Universal*, Arnoldo Kraus mostraba cómo la medicina, su profesión, tiene más de arte que de ciencia, sobre todo, a la hora de diagnosticar. Su artículo abunda en algo que planteó el gran erudito piamontés Arnaldo Momigliano, quien postulaba que en sus orígenes la historia oscilaba entre medicina y retórica. Aludía a los orígenes griegos de las disciplinas que tenían en Hipócrates y Herodoto a dos de sus grandes representantes. Escribe Momigliano que “la medicina hipocrática y la historia herodotea fueron novedades contemporáneas; tuvieron en común la aproximación descriptiva, la observación minuciosa de secuencias de eventos y la investigación de causas naturales”. Según este autor, el tiempo fue encaminándolas a distintos senderos, según los asuntos que les toca atender. Sin embargo, Kraus pone el énfasis en el papel que toca desempeñar al médico frente al paciente. En ese punto, el papel es compartido por el historiador frente a su tema de estudio.

Para los herederos del positivismo, ambas disciplinas son ciencias; para los que nos alejamos de esa doctrina, si no llegan a ser artes, tienen más puntos en común con ellas que con lo que hacen físicos, químicos y astrónomos.

Historia y medicina tienen, como tantos otros quehaceres, puntos de partida en los llamados datos duros, pero la valoración de ellos depende de cómo los relacionan quienes los reciben, ya sea el paciente, ya sean las fuentes consultadas. Los diagnósticos pueden ser muy acertados y lograr los fines esperados, pero también puede haber errores. El paciente puede buscar una segunda opinión. El aconte-

cimiento histórico, una nueva interpretación. En los dos casos, como lo ha apuntado Kraus en libros y artículos, la relación médico-paciente es fundamental; cuanto más conozca el uno del otro, el aumento de las posibilidades de acertar crece, independientemente de lo que digan las pruebas de laboratorio. El historiador requiere del trato continuo con la materia prima que maneja, pero no sólo eso. Los materiales equivalen a las cifras de ácido úrico, glucosa, colesterol o lo que sea. En historia, el contexto manda. La relación entre unos datos y otros que van conformando unidades significativas proviene de la capacidad y entrega del historiador para vincular elementos aparentemente inconexos, que dejan de serlo al acertar el diagnóstico histórico. El patólogo puede reclamar, con razón, que lo suyo es una tarea científica. De acuerdo. Él no trata con pacientes sino con órganos y tejidos que pertenecieron a un paciente. Mientras el médico está frente a un paciente vivo, el historiador se enfrenta a lo que queda de lo vivido por otros con el fin de recuperar cómo era la vida de los que dejaron esos restos; el patólogo no intenta restaurar la vida. Sólo explica lo que observa en su material de análisis. Su asunto es la etiología.

Cuando el historiador pretende abordar el origen de las causas finales ingresa en terrenos que, si bien para algunos resultan ser ciencia, para otros no son sino metafísica, esto es, no ciencia. El punto en común es hermenéutico. Médicos e historiadores interpretan, con la mira en tratar de explicar, lo que ofrecen los pacientes o los datos que informan sobre el acontecer. Pero hay algo más en lo que apunta Arnoldo Kraus. Se refiere a una *empatía ética*. Esta fórmula resulta fundamental

para el historiador que no es sólo un ideólogo descarado, sino que pretende ser algo más. La ideología lo ronda, lo envuelve, ya que es una manera de expresar sus convicciones, derivadas de la empatía que logra desarrollar a fuerza del tejer y destejer —palabras de Kraus para la medicina como *arte de la vida*— los hechos que tras investigar narra. El componente ético entonces debe formar parte de su actitud para no dejarse ganar por una empatía malentendida.

En este enfoque, médicos e historiadores corren rutas paralelas. Los enfermos y los hechos los reclaman. El objetivo de unos es conducir hacia la sanidad; el de otros, hacer significativa una porción del pasado que cobra vida en la conciencia del presente. Médico e historiador asumen ese papel en tanto sujetos encargados de re-vitalizar a quienes se les confían. **U**



Salvador Dalí, *El hombre invisible*, 1932